

# EL VALEROSO HOMBRE DELGADO

Miguel Ángel Guelmí

Ilustraciones  
Álex Falcón



1ª edición, noviembre 2016

© de los textos:  
Miguel Ángel Guelmí

© de las ilustraciones:  
Álex Falcón

© de esta edición:  
Bilenio Publicaciones

Diseño de portada:  
Álex Falcón

ISBN: 978-84-942140-7-3  
Depósito Legal: GC 1017-2016

Edición de Bilenio Publicaciones  
[www.bileniopublicaciones.com](http://www.bileniopublicaciones.com)  
[info@bilenio.com](mailto:info@bilenio.com)

Colección: Alargalavida  
[www.alargalavida.es](http://www.alargalavida.es)  
[lij@alargalavida.es](mailto:lij@alargalavida.es)

Queda prohibida cualquier forma de reproducción no prevista en la ley,  
sin contar con la autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual.

A mis hermanas  
Pilar y Nely

## **Carta del autor.**

Este libro, que quizá leas, pretende, antes que nada, entretenerte. Si no lo consiguiera, el esfuerzo realizado no habría valido la pena. Todo escritor que se precie busca que sus lectores disfruten de la lectura, gocen de la historia y sus palabras. Ese disfrute, para que sea pleno, necesita de la implicación del lector, de que el relato que se cuenta sea también tu relato, de que los personajes sean tus personajes. Hasta este momento han sido solo míos, los quiero y respeto. He vivido sus aventuras, sus miedos, sus esperanzas.

Ahora, si decides leerla, compartir conmigo la historia que te presento, pasarán a ser también tuyos, a formar parte de tu vida, de tu universo lector. Deseo, sinceramente, que disfrutes con ella y con ellos.

Recuerda las palabras de don Quijote: «El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho».

Miguel Ángel Guelmí.

## **Carta del ilustrador.**

Gracias por leer estas líneas, son pocas las ocasiones en las que un ilustrador tiene la oportunidad de escribir una carta al lector.

La función que yo desempeño es la de acompañar al texto, dando mi visión de cómo suceden las cosas en la obra, apporto escenarios, rostros y todo aquello que ronde por mi imaginación. La tarea de plasmar en ilustraciones aquello que mi mente ve, no es tarea fácil, requiere de muchas horas de trabajo, dedicación y de puestas en común con el escritor y el editor del libro.

En esta historia encontré mucha locura y pasión y de ahí que hiciera unas ilustraciones algo surrealistas y caricaturescas. Al terminar de leer el libro quise dotar a los personajes de una personalidad propia, intenté darles brillo a sus miradas y dotarles de alma.

Espero, querido lector, que disfrutes leyendo esta obra tanto como yo al realizar sus ilustraciones, y que el mundo de las letras haga que tu imaginación vuele por sí misma.

Álex Falcón.



# Capítulo 1

Armando escuchaba a su padre hablando abajo y sentía que el mundo de los adultos lo acorralaba con sus sombras, lo arrancaba de su tierra blanda y mullida, del semillero en que había brotado feliz para trasplantarlo sabe Dios en qué lugar, de seguro yermo, frío, desangelado. Lo oía protestar, encararse al poderoso, pero percibía también su desvalimiento. Y madre callaba, como siempre que él hablaba de dinero. Después, cuando el hombre se fuera, habría tiempo de recriminarle su falta de coraje, su aplomo para defender lo que era de ellos, lo que antes fue de su abuelo y que tanto trabajo costaba sacar adelante.

Armando, Armandito, que así lo llamaba su madre, se esforzaba en hacerse un boliche tras la puerta de su cuarto, apretando su cuerpo contra las piernas con todas las fuerzas que sus manos, aruñadas de tanto jugar con el gato Rufo, podían. Querría bajar y decirle cuatro cosas al hombre del puro que hedía a perfume, pero era solo un niño, y no debía

entrometerse en las cosas de los mayores, aparte del miedo atroz que ese hombretón de voz de oso le infundía. Y pensó en Spiderman, cuya película veía promocionar en la tele. Sus padres lo habían llevado a la ciudad el año pasado a verla.

—¡Jo!... Si él estuviera aquí, si nos pudiera ayudar para quitarnos de encima a ese hombre ruin que como la mala hierba nos ha salido —pensaba. Pero no, el hombre araña vivía muy lejos, en Nueva York, donde se pasaba la noche y el día atendiendo a los desafortunados ciudadanos que caían en las garras del crimen o de seres monstruosos. Tal como andaban las cosas le quedaba largo rato para ver la nueva aventura de su héroe. Ya su madre se lo había adelantado.

—Este año las cosas no vienen bien —le había dicho.

Y él se quedó mirándola. Simplemente no la entendía. No cabía una piña más en el maizal. Y ella le tuvo que explicar que este año no lo pagaban decente, que además estaba la hipoteca y la letra del tractor. Y siguió sin entenderla, pero no preguntó más.

Se arrastró hasta la cama y sacó de debajo un cómic. Sobresalían los colores rojo y azul. Allí estaba él, volando gracias a su hilo por entre los enormes edificios tras el ruido de las sirenas de la policía. Y se había informado, había leído: el hilo de las arañas era de lo más fuerte, no se conocía otra cosa igual. Los humanos intentaban imitarlo, pero por ahora sin éxito. Lo ojeó intentando aislarse. Miró a la puerta de su dormitorio. No tenía pestillo y su madre le había quitado la llave para que no se encerrara. Cogió su linterna y se metió debajo de la cama. Su amigo Juan, al que llamaban el Meñique



por el poco cuerpo que tenía, le había dicho que en Nueva York vivían con seis horas de retraso. Que cuando aquí amanecía, allí todavía dormían, que los Reyes Magos, fuesen quienes fuesen, llegaban aquí antes que allá, si es que iban, porque los americanos en eso eran algo raros. Y Nueva York daba al mar, donde miraba la Estatua de la Libertad, donde llegaban los grandes barcos... Y pensó... ¿Por qué no?... Por su pueblo pasaba el arroyo... y el arroyo da al río... y el río al mar. ¿Qué podía perder por intentarlo?

Se le iluminaron los ojos y con la velocidad del rayo fue a por su mochila del colegio y sacó la caja de lápices que le hizo su padre, y la libreta. ¿Cómo empezar? ¿Don Spiderman? ¿Señor Spiderman? ¿Estimado Spiderman?... Don Spiderman... como que no. Mejor señor, eso sí, con mayúscula, no sólo por ser la primera palabra. Cogió el lápiz entre sus dedos y lo llevó a la boca. Tenía que pensar primero para poder expresar con claridad aquello que le quería decir. Lo mordisqueó unos segundos y empezó:

*Señor Spiderman,*

*Me llamo Armando Rodríguez Castellano, Armadito para mi madre y mi padre. Bueno también me llaman el Pulgar. Me llaman así mis amigos porque soy algo gordito. No me importa. Todos tenemos apodo. Le cuento todo esto porque igual llega y pregunta por Armando y no le saben decir. Leo sus hazañas, las veo en el cine y en el video de mi amigo Esteban, el Trincao. Le*

llamamos así porque se estriñe con frecuencia y las pasa canutas para aliviar. Yo no quiero molestarle, pero necesito su ayuda. Nos quieren quitar la casa y las tierras, que son la vida de mis padres y la mía. Yo no entiendo el porqué. Mi padre comenta cosas del banco (el que da dinero) y de personas que quieren comprar todas las tierras de los alrededores para construir casas de gente rica. Y mi padre se encoge poco a poco. Ellos, sobre todo un hombre grande que trae un coche enorme de cristales oscuros, le están metiendo la enfermedad en el cuerpo y empieza ya a decir que en la ciudad no estaríamos mal, que no tendría que levantarse al alba para atender a los animales y pasar noches sin dormir porque una vaca se pone de parto, y que ya no entiende por qué un año pagan el maíz o la cebada a un precio, y otro año a otro, casi siempre más pequeño, como si ya no fuera poco lidiar con las heladas, la lluvia, la sequía. Pero yo no quiero ir a la ciudad, ni mis padres, ni mis amigos, ni la señorita Pura, que nos da clase en la escuela y que dicen se quedó soltera para estar con nosotros. Bueno, es algo fea.

Yo bajo a veces. Mi tía, la hermana de mi madre, tiene allí una tienda. Vive en un piso pequeño, usted me entenderá que reside en una gran ciudad y su casa no es grande. Las ciudades tienen cines, hermosos escaparates, bonitos parques. Pero yo quiero vivir aquí, con mi gato Rufo y mi perro, al que mi padre le puso Coronel, porque dice que le recuerda a su jefe en el cuartel; y ladrar, si que ladra. Pero es muy bueno. Y le podría contar muchas más cosas, de los chopos, de las encinas, de las ranas que hay en la alberca, de las diez

vacas. ¿Podría ayudarme? Es mi última esperanza, porque sé que mi padre, y después mi madre, y los padres de mis amigos acabarán por bajar los hombros y empezarán a morir en silencio, como la abuela Rosa, que se fue callada, apenas unos pocos meses después de morir el abuelo Manuel.

Atentamente  
Armando, el Pulgar.

Se me olvidaba que no va en sobre. Vivo en España, en la calle Buen Lugar n.º 7.  
Adiós.

Cuando dejó el lápiz se sentía satisfecho. Tuvo que utilizar el diccionario para consultar unas palabras, sobre todo el uso de «porqué», «por qué» —vaya rollo—, llegó a decir. Pero había terminado y ahora tocaba buscar la botella, echarla al agua y esperar. —¿Te imaginas Armando, conocer a Spiderman? ¿Ser una de sus aventuras y aparecer en un cómic o una película? —musitaba.

De abajo le llegaron, como si fuera un trueno de verano, las palabras del padre.

—¡Busco tiempo, tiempo, mujer! ¡No me mires así! ¡Qué harías tú?

—¡Luchar, luchar! —respondió la madre antes de echarse a llorar.

Miró por la ventana. No estaba el coche del gigantón.

Salió y con cuidado se deslizó por el tejado hasta alcanzar el canalón y de allí logró asirse a la encina que abrigaba la cara norte de su casa. Al llegar al suelo corrió raudo al cobertizo. Su padre tenía allí una botella de coca cola de cristal llena de tachas. Le pareció la más apropiada. La vació, la lavó y secó para quitar los restos de herrumbre y metió bien enrollado su mensaje. Dejó la botella y tiró para la cocina. Entró por la puerta de atrás. Buscó en uno de los cajones del aparador un tapón de corcho. Su madre los iba guardando en un «por si hacen falta» que casi nunca llegaba. Volvió a por su codiciado tesoro, encajó el tapón y puso rumbo al arroyo. Pudo apreciar que la agria conversación seguía, que sus padres se asfixiaban en su propia impotencia, erre que erre. Se cruzó con el Fallío, pero no quiso comentarle nada.

—Voy con un mandado de mi madre —le dijo.

Y siguió. El agua corría fría y decidida al encuentro del río. Se quedó un rato mirando la botella, se cercioró de que estuviese bien cerrada. —No entra ni una gota —bisbiseó. Y «glup», la dejó caer. El agua la envolvía arrastrándola cauce abajo. Era martes, 6 de mayo de 2010. Se acordó de que no había puesto la fecha. «Tampoco es tan importante» —pensó.